

El Volador, los Cuetzalines y los Huahuas, de la región poblano-veracruzana.

Francisco R. Córdoba Olivares

En el ámbito Mesoamericano y durante el Horizonte Clásico (200 a. C. -900 d. C.), surge un complejo ceremonial integrado por una serie de cultos agrarios dedicados a los dioses de la fecundidad; en cierto modo relacionados con la leyenda de Los Soles Cosmogónicos¹ que hablan de un lugar llamado Teotihuacan, donde surge el quinto y último de ellos. Parte de ese conjunto ritual estaba conformado por lo que actualmente se conoce como "danzas" de: El Volador, Los Cuetzalines y Los Huahuas.

Su desarrollo y difusión ocurrió (a partir del siglo XI) durante el Horizonte Postclásico, llegando hasta Nicaragua por el éxodo Pipil, marcado a partir de la caída de Tula la ciudad capital de los Toltecas; en este período se agregó al complejo ceremonial, el sacrificio gladiatorio y la muerte por flechamiento.

A la llegada de los europeos, estos ritos formaban parte de ceremonias solares muy populares, integradas a las festividades de los dioses relacionados con la siembra y la cosecha del maíz (equinoccios de primavera y otoño) durante las veintenas: *Tlacoxipehualistli* (desollamiento de hombres) dedicado al dios Xipe-Totec²; *Ochpanistli* (tiempo de las escobas) en honor de la diosa Tlazolteotl³; así como también al dios principal de los aztecas, el sol

¹ La leyenda de los Soles Cosmogónicos, se encuentra plasmada simbólicamente en el centro de la Piedra del Sol o Calendario Azteca (esculpido durante el señorío de *Axayacatl* 1469-81) y de una manera más explícita en el Códice Vaticano Ríos. Pero es Fray Andrés de Olmos el primer español que la recoge en 1531-37, entre los indígenas de Tlaxcala, México y Texcoco, consignándola en su obra *Historia de los mexicanos por sus pinturas*. Este mito Nahuatl está articulado con una gran variedad de aspectos de la cosmovisión mesoamericana, como la simbología de los elementos principales, números y colores, sobre los rumbos de la tierra y el universo, el sol y los cómputos temporales, así como las conformaciones calendáricas.

² Xipe-Totec.- "Nuestro Señor el Desollado" dios de la primavera y del renacimiento, su culto estuvo relacionado con el cambio de las estaciones; los sacerdotes, en su honor, sacrificaban mancebos arrancándoles la piel con la cual se revestían para realizar las ceremonias correspondientes a este dios.

³ Tlazolteotl.- "Diosa devoradora de inmundancias" se le representaba cubierta con la piel humana de una víctima sacrificada en su honor, de igual manera como Xipe-Totec. A veces en actitud de parto como diosa de la fecundidad, adornada con un tocado de malacates como

guerrero llamado Huitzilopochtli, durante el "mes" *Toxcatl* (seco o resbaloso).

Al iniciarse el Sistema Colonial, los españoles prohibieron al indio la realización de sus fiestas religiosas y le impusieron las de la Iglesia Católica, entre ellas las de Corpus Christi, que prolongó su esplendor en estas tierras, gracias a la cultura de conquista, lo mismo ocurrió con el culto a Santiago Apóstol que se constituyó como fiesta titular de la Ciudad de México y así, poco a poco, se fueron fijando celebraciones a una serie de santos que acomodaron como patronos en los pueblos importantes. Posteriormente se les permitió la participación con algunas de sus ceremonias, que se fueron quedando como elementos distintivos del folclor de cada región, dentro de un relevante sincretismo.

El Volador, los Cuetzalines y los Huahuas, conforman un nódulo de acción ritual vigente durante las ferias y celebraciones de la Región Poblano-Veracruzana, habitada por las etnias: Totonacas, Nahuas, Otomí y Huasteca.

I. El volador.- Su nombre en náhuatl: *Cuaupatlenque* de Teocuahitl (Arbol sagrado) y Patlenque (Los que vuelan alrededor). Como antecedente remoto podría tomarse La Estela 2 de Izapa, en donde aparece un personaje con alas abiertas descendiendo del cielo, abajo está un árbol que tiene al monstruo de la tierra como raíces. Fue conformador de un complejo ceremonial dedicado a las deidades de la reproducción (Xipe-Tlazolteotl) que en algunas partes de Mesoamérica sustituía al sacrificio gladiatorio que precedía a la muerte por flechamiento. Entre los Aztecas funcionó como un elemento ritual de las fiestas cíclicas del Fuego Nuevo⁴ al empezar un *Xiuhmolpilli* cada 52 años, se efectuaba el primer día, al estar el sol en el cenit. Ideas consignadas en códices entre los que se pueden destacar al Fejérbary-Mayer y el Fernández Leal.

Durante la época colonial fué objeto de descripciones e interpretaciones en las obras de varios estudiosos, entre los que podemos mencionar a: Gonzalo Fernández de Oviedo quien en su trabajo *Historia General y natural de las Indias* redactada entre 1548-49, nos habla de El Volador como parte de los usos y costumbres de los indios de Nicaragua. Fray Juan de Torquemada, escribe entre 1605-06 su obra *Monarquía Indiana* publicada en Sevilla en 1615; en la segunda parte, penetra en el simbolismo religioso de la Cultura Mesoamericana y sobre El Volador nos apunta lo siguiente:

deidad de las hilanderas, otras con una escoba para barrer los pecados del hombre y dejarlo purificado, ya que ante ella los mesoamericanos se confesaban una vez en su vida.

⁴ El fuego nuevo.- Ocurría cada 52 años, con él se iniciaba un ciclo indígena; los sumo-sacerdotes iban en procesión hasta el cerro sagrado, donde realizaban la ceremonia de encender el fuego en los primeros momentos del día, desde aquí se trasladaba a los templos, para que posteriormente cada quien lo llevara hasta su casa.

Entre otras maneras de regocijo que estos indios occidentales tenían, con que engrandecían la solemnidad de sus fiestas y solazaban los ánimos de los que asistían en ella, era una manera de volar que tenían dando vueltas por el aire asidos de unos cordeles que pendían de un alto y grueso madero... Los principales que hacían el juego eran cuatro, los cuales se vestían en figuras diversas de aves; es a saber, tomando unos forma de águilas-caudales y otros de grifos, y otros de otras aves que representaban grandeza y bizarría. Llevaban tendidas las alas para representar el vuelo propio y natural de las aves... Esta situación pienso que fué el demonio, para tener estos falsos siervos y cultores con más viva y continua memoria de su infernal y abominable servicio; porque era una recordación de los cincuenta y dos años que constaba de su siglo, en el cual círculo de años renovaban con el fuego nuevo que sacaban, el pacto y concierto que tenían hecho con el demonio de servirle otros tantos años en el discurso del tiempo venidero (Libro X, Capítulo 38).

En el siglo XVIII dos destacados historiadores nos hablaron de este juego ritual. Uno fue el Jesuita Francisco Javier Clavijero, quien en el libro VII de su obra *Historia Antigua de México* redactada hacia 1780, nos ofrece una de las descripciones más completas:

El juego del Volador, se hacía en algunas fiestas grandes, y principalmente en las seculares. Buscaban en el monte un árbol altísimo, fuerte y derecho y después de haberle quitado las ramas y la corteza, lo llevaban a la ciudad y lo hincaban en el centro de la gran plaza. Metían la punta del árbol en un palo cilíndrico, el cual fué llamado por los españoles Almiréz por alguna semejanza. De este palo pendían cuatro cuerdas fuertes, que servían para sostener un bastidor cuadrado. En el intervalo que había entre el cilindro y el bastidorcillo, ataban otras cuatro cuerdas gruesas y hacían con ellas tantas vueltas alrededor del árbol, cuantos giros debían hacerse por los voladores. Estas cuerdas se ensartan por los cuatro agujeros hechos en el medio de las cuatro tablas de que constaba el bastidor. De este subían de uno en uno al cilindro, y después de haber bailado allí un poco y entretenido a la inmensa multitud de gentes que asistía, se ataban con las extremidades de las cuerdas ensartados por los agujeros del bastidor. Los cuatro principales voladores disfrazados de águilas, engarzas y otras aves, subían con una suma agilidad al árbol por una cuerda enlazada desde el pie de él hasta el bastidor, y arrojándose con impetu, comenzaban su vuelo con las alas extendidas... Lo más de este juego consistía en proporcionar de tal modo la elevación del árbol y las cuerdas, que con trece vueltas llegasen justamente a tierra los cuatro voladores, para representar en tal número su siglo de cincuenta y dos años, compuesto como ya he dicho, de cuatro períodos de trece años. (Libro VII, p. 178).

El otro, un italiano llamado Lorenzo Boturini, dejó una explicación del llamado Juego del Volador (que pudo observar en la plaza del mismo nombre, en el centro de la Ciudad de México), en un manuscrito que se conserva en Madrid y que nos lo da a conocer en 1887-89 Don Vicente Riva Palacio en el Tomo I de su compendio *México a través de los siglos* y nos dice así:

Era el volador un palo alto y grueso levantado en medio de la plaza, con cuatro largas y muy fuertes sogas por las que se deslizaron cuatro hombres vestidos de pájaros o monas, y con su peso producían la rotación de toda maquinaria superior con los individuos en ella colocados, que parecían volar. El juego tenía una significación cronológica: los cuatro voladores representaban los cuatro símbolos de los años y con las trece vueltas de cada uno formaban los cuatro *tlalpilli* del ciclo de 52 años. (1974: 509).

Pero indudablemente que durante el siglo XVI, fue Fray Bernardino de

Sahagún el primero en darnos su significado, Libro VII Cap. X de su obra *Historia General de las cosas de la Nueva España* al hablarnos de la fiesta *Toxih Molpilia* "átense nuestros años" que sus informantes dibujaron como una Rueda del Calendario y que representa al sol en el cenit enviando sus rayos fecundantes a la tierra, que descienden hacia los cuatro puntos cardinales, realizando trece circunvoluciones cada uno, que dan un total de cincuenta y dos vueltas, que corresponden a los años de un Xihmolpilli o ciclo indígena.

El palo de los voladores como culto al sol (en lengua totonaca llamado *Chichine*), en la actualidad consta de tres momentos:

1.- La búsqueda del árbol sagrado.- Se va en procesión al monte y una vez elegido el árbol (30 metros de alto aproximadamente, recto, duro y resistente) unos rezan y bailan alrededor, mientras otros invocan a *Oluhucale* dios del monte⁵ para solicitarle el permiso de cortarle, al cuarto día se derriba de 13 hachazos rituales, relacionados con los puntos cardinales y tal vez con los niveles del cielo. Caído el árbol le quitan las ramas mientras los indígenas imploran el perdón de los dioses, para que no envíen ningún castigo; al quinto día, se inicia el regreso para llegar al lugar donde será instalado.

2.- El levantamiento del palo.- Cavan un hoyo profundo, en donde se le dá de comer a la tierra⁶ ofreciéndole: la sangre de un guajolote, licor de maíz o aguardiente, flores, semillas y se quema copal; se baila al compás de la música que El Caporal toca en una flauta de carrizo, acompañándose con el ritmo que produce al pegar con una varita en un tamborcillo de doble parche. Por fin entierran el palo, y simbólicamente fertilizan la tierra para tener buenas cosechas.

3.- Las danzas y El Vuelo.- La primera se efectúa sobre la tierra en la base del palo y con ella se invoca la protección del dios del viento *Cahuimin*⁷; al terminar, cinco hombres suben por una riata enredada en el palo formando una escala (con tramos que distan 30 ctm. uno del otro), llegan a la punta del palo donde se ha colocado "La manzana" cabrestante de cedro y "El cuadro" bastidor de madera suspendido por cuerdas. Cuatro de ellos se sientan sobre el marco y sujetan las cuerdas enrolladas en el palo a su cintura; el quinto personaje, el músico, arriba de la manzana tanto parado como sentado, haciendo reverencias a los cuatro puntos cardinales

⁵ El dios del monte antiguamente llamado *Oluhucale* (por los totonacos), en la actualidad se funde con la figura de San Antonio Abad, es considerado dueño de todos los bosques y los animales que en ellos moran.

⁶ "Dar de comer a la tierra" es una ceremonia que se realiza a ella con el fin de que corresponda con bondad; en este caso, para que los danzantes no tengan accidente alguno.

⁷ *Cahuimin* antiguo dios del viento entre los totonacos, hoy se confunde con la figura de Santiago Apóstol quien pasea a caballo por el cielo y según como vaya, así soplará sobre la tierra.

y levantando la cara hacia el sol en el cenit. El mayoral deja de tocar y se sienta frente al oriente, para dar las órdenes del descenso; los cuatro voladores se recargan hacia atrás y se inicia una nueva melodía, para que los hombres se lancen al vacío girando alrededor del palo, trece son las vueltas que cada uno da para llegar abajo, entre los cuatro ajustan cincuenta y dos, que es el número de años de un *Xiuhmiltilli* o "siglo indígena". Para finalizar, uno de los cuatro voladores restira su cuerda, permitiendo al Caporal deslizarse en ella y bajar a reunirse con su grupo, para danzar todos al son de la despedida.

Su traje se compone de una camisa blanca sobre la que se anudan, del hombro izquierdo al lado derecho de la cintura (por delante y por detrás) dos triángulos de tela roja con flecos alrededor de seda amarilla, decorado con bordados en chaquira y lentejuela en forma de grecas, flores y aves; un calzón blanco sobre el que visten otro más corto de color rojo, con flecos de articela dorada en la parte baja; sobre el calzón un delantal decorado como los anteriores, anudado en la cintura. Calzan botines y sobre la cabeza lucen un gorro cónico adornado con espejos y flores artificiales, que rematan con un penacho de papel (a manera de abanico plegado) del que penden cintas multicolores (Mompradé y Gutiérrez 1976).

II.- Los Cuetzalines.- Del náhuatl *Cuetzallin* que significa Guacamaya Roja, que como símbolo solar se le guardaba una serie de observancias de tipo mágico-religioso; había prohibición de matarles de manera común y corriente, solamente se hacía a través de una cacería sagrada cuyo fin era obtener plumas para el atavío de dioses y representaciones solares. En la danza, cada una de las guacamayas rojas equivalía a rayos de sol; así un grupo de mancebos vestidos como estas aves, representaban la luz solar que calienta e ilumina a la tierra de acuerdo a los equinoccios y solsticios.

A partir de la Conquista y durante La Colonia se fue modificando esta danza, sobre todo en cuanto al número de participantes que se fue reduciendo hasta 12, que les hace coincidir con los meses del año; en cambio su atuendo cubrió a todos los danzantes relacionados con el culto al sol. El traje es muy similar al descrito para los Voladores, pero se le agregan una capa pequeña de color rojo en los hombros y en la mano una sonaja para acompañar la música de la flauta de carrizo a la que se marca el ritmo con un tambor de doble parche. El tocado que portan es un gran penacho "formado por un gorro cónico con una armazón de carrizo sobre la que se entretejen listones y se remata con plumas formando una especie de resplandor" (Mompradé y Gutiérrez 1976:74) que tiene relación con el curso solar. Los nahuas un tocado de menor tamaño.

III. Los Huahuas.- Danza giratoria de los *comelagatoazte* palabra náhuatl adulterada que corresponde a *Teotlachtli* y que hace alusión al recorrido diario del sol (relacionado también con el Juego de Pelota). Se

realiza sobre unas aspas de madera dispuestas en cruz que conforman el símbolo del *Nahuiollin* (cuatro movimiento) que es el movimiento continuo que se traduce en vida eterna.

Los mesoamericanos consideraban que a partir de la tierra, el universo se prolonga en una línea horizontal hacia la derecha e izquierda, traslapándose respectivamente con el oriente y el occidente; así como en otra línea vertical, que va hacia arriba formando un supramundo y hacia abajo, formando un inframundo⁸. También pensaron que el sol en su camino diario alrededor de la tierra sube y baja 24 escalones (coincidiendo con las 24 horas del día), pasando por cuatro momentos muy significativos: Sol de Oriente o Amanecer, Medio Día o Sol del Supramundo, el de occidente o Sol de Ocaso y el del Inframundo o Sol de Media Noche.

El momento importante de la danza, es cuando cuatro de ellos se suben a las aspas que conforman una cruz giratoria y a su impulso, se mueve cada vez más rápido hasta llegar a una vertiginosidad tal que sólo se ve un gran disco rojizo como un sol generador de vida cósmica.

Bibliografía

- Clavijero, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*. Edit. Valle de México S.A. México, 1978.
- Cordoba Olivares, Francisco R., *Los Totonacos de la región de Huehuetla, Puebla; localización de algunos problemas sociales y económicos*. Tesis de Maestría. Escuela de Antropología, U.V. Xalapa, Ver., 1968.
- Christensen, Bodil, "Oración del Rito del Volador" *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo XI p.p. 23-26. México, D.F., 1950.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia General y Natural de las Indias*. Edit. Atlas. Madrid, 1959.
- Instituto Nacional Indigenista, *Grupos Etnicos de México*. Tomo II. México D.F., 1982.
- Krickeberg, Walter, *Los Totonacas*. Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. México, 1933.
- León-Portilla, Miguel, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. Fondo de Cultura Económica. México, D.F., 1960.
- Mompradé y Gutiérrez, *Historia general del arte mexicano, danzas y bailes populares*. Editorial Hermes S.A. México, D.F., 1976.
- Navarrete, Carlos, "La etapa postolmeca, en Chiapas y Guatemala". *Historia de México, Salvat*. Tomo 2. Salvat Editores S.A. México, D.F., 1978.
- Mendoza, Vicente Et' al., *Esplendor en el México Antiguo*. Editorial Valle de México S.A. México, D.F., 1976.
- Riva Palacios, Vicente, *México a través de los siglos*. Editorial del Valle de México S.A. México, D.F., 1974 T.I.
- Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia General de las cosas de la Nueva España*. Edit. Porrúa, S.A. México, D.F. 1956, Tomo II.
- Torquemada, Fray Juan de, *Monarquía Indiana*. Edit. Chávez Hayhoe. México, D.F., 1944, Tomo II.
- Vaillant, George C., *La Civilización Azteca*. Fondo de Cultura Económica. México, D.F., 1973.
- Warman, Arturo, *La danza de Moros y Cristianos*. Sep-Setentas. México, D.F., 1972, No. 46.

⁸ La idea de que hay mundos a la derecha e izquierda de la tierra, así como arriba y abajo, conformaron una idea tridimensional que jugó un papel importante en la cosmovisión mesoamericana.